

Fortalecer la Unión Económica y Monetaria

José Antonio Nieto Solís
 Profesor titular de Economía Aplicada, UCM

Legitimidad democrática interna e internacional en la UE

La jerarquía entre organismos internacionales, Estados y mercados parece haberse invertido. La doctrina neoliberal ha contribuido a poner en primer lugar a los mercados. Y la crisis se ha encargado de confirmarlo. Los ejemplos de la periferia europea son claros: la soberanía nacional se tambalea, las instituciones se escoran hacia la ortodoxia, y los mercados sentencian. Todos tienen su cuota de responsabilidad. También han de tenerla en la búsqueda de soluciones, más allá de las actuales políticas contractivas y antisociales.

Pese a las diferencias en el tiempo y el espacio, la situación europea recuerda lo sucedido años atrás en América Latina y Asia. Al final, mientras se deteriora el nivel de vida de la mayoría de la población, una minoría (los artífices de la ingeniería financiera especuladora) es capaz de encontrar nuevos márgenes de beneficio, manejando las expectativas. ¿Cuál será el próximo país? ¿Lo deciden los (mal llamados) mercados, según su lógica interna y la interpretación selectiva de datos macroeconómicos?

Ante el riesgo que la situación actual supone para la UE, conviene recordar las ventajas de reforzar la integración europea. Los motivos para fortalecer la Unión Económica y Monetaria (UEM) se pueden resumir en tres argumentos. El primero es de carácter económico, el segundo de naturaleza política, y el tercero concierne al ámbito internacional.

El euro refuerza el mercado interior y fortalece el crecimiento

La moneda única en Europa no es un invento reciente. Empezó a forjarse en los años 60. Por eso conviene reflexionar sobre las ventajas del euro.

Las razones económicas para apoyar el euro se basan en que ayuda a eliminar las barreras económicas y reduce la incertidumbre. Es decir, impulsa el mercado interior y favorece la estabilidad macroeconómica. No obs-

tante, es cierto que el euro no es necesario para el buen funcionamiento de las economías. Y también es cierto que la convergencia de Maastricht sólo se fijó en términos nominales. Además, los arreglos posteriores, como el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, se obstinaron en resolver problemas financieros, marginando los aspectos sociales.

Desde su gestación, en la UE ha prevalecido una visión excesivamente ortodoxa, marcadamente neoliberal, de la Unión Monetaria. La estabilidad macroeconómica se ha dejado en manos del BCE, cuyo principal objetivo es luchar contra la inflación. Esa visión, excesivamente simple, es errónea en la actualidad, porque ante la crisis es necesario estimular el crecimiento y el empleo, en lugar de sacralizar la estabilidad de precios y las recetas contractivas.

Además, en la UEM hay un problema importante de gobernanza. Las decisiones se toman en Francfort o en las Cumbres Europeas, donde Alemania tiene más poder y autoridad. La Comisión y el Parlamento Europeo han perdido peso frente al Consejo. Ese cambio va en contra del espíritu inicial de la integración europea, que pretendía ser más supranacional que intergubernamental. Así será difícil completar la Unión Monetaria con una verdadera Unión Económica, es decir, con políticas en el ámbito económico y social, y con políticas fiscales tendentes a la paulatina configuración de una verdadera Hacienda Pública Europea, capaz de coexistir con las diferencias fiscales existentes entre regiones y países de la Unión Europea.

El euro favorece la integración europea

La moneda única es, al menos en potencia, un factor de estímulo de la integración social y política en Europa. Pero, frente a la consolidación de la Unión Monetaria, se ha avanzado muy poco en materia de Unión Económica. Por ello, completar la UEM es un requisito esencial para avanzar y tener más Europa, en lugar de

retroceder hacia una zona de libre comercio, como algunos desearían.

Para que los ciudadanos prefieran tener más Europa hay que estimular el crecimiento y reforzar las políticas redistributivas (fondos estructurales y acciones regionales, sociales y sectoriales a favor de la cohesión). Eso es imposible si no se incrementa el presupuesto comunitario, algo que ahora parece muy lejano. El argumento de que Alemania aporta más al presupuesto europeo no es significativo si se tiene en cuenta que el presupuesto representa el 1% del PIB de la UE, y que Alemania es el país más beneficiado por el buen funcionamiento de la economía europea (el restante 99% del PIB de la UE). Otra cuestión es que las políticas comunes sean más eficaces y eficientes.

El euro es un factor de estímulo de las políticas comunes y lo será de la integración cuando Europa empiece a salir de la crisis. Para ello es necesario cambiar la mentalidad de muchos expertos que consideran que sólo con medidas liberalizadoras, desreguladoras, privatizadoras y de reducción de las políticas sociales se resolverán los problemas. Y no es así, porque la economía de mercado ofrece ventajas indudables, pero presenta fallos notorios. Fallos que son más fáciles de corregir con la intervención del Estado: un Estado capaz de garantizar los compromisos internos y supranacionales necesarios para mejorar el funcionamiento económico y el bienestar.

El euro ayuda a mejorar el sistema monetario y financiero internacional

El euro también surgió como una alternativa a la inestabilidad de la economía mundial. Nació como una divisa internacional de reserva, capaz de reflejar el poder económico, comercial y financiero de la UE.

Es difícil imaginar que el dólar vuelva a ser el soporte central de la economía mundial. Y es difícil pensar que la moneda china, o cualquier otra divisa, puedan tomar el relevo del dólar a corto plazo. También es muy difícil suponer que la actual estructura del FMI, o de otras instituciones multilaterales, puedan servir de ancla para un nuevo orden internacional acorde con las necesidades que impone la globalización. Por lo tanto, es lógico asumir que el euro, junto con el dólar y otras divisas, es un instrumento necesario para mejorar la gobernanza mundial.

Ese papel del euro es beneficioso para Europa y el mundo, al menos mientras no existan otras soluciones, ya sea nuevas monedas, nuevas instituciones o ambas cosas. Y al contrario: si no existiese el euro, la economía

mundial perdería uno de los apoyos con los que cuenta para estimular el desarrollo económico. Aunque el desarrollo depende de múltiples factores, entre ellos la reducción de las desigualdades, y en el mundo actual las desigualdades siguen aumentando.

El papel internacional del euro no es irrelevante: a) aporta elementos de estabilidad; b) incrementa los medios de pago y las divisas de reserva disponibles; c) elimina gran parte de las asimetrías sobre las que se basaba el sistema internacional anclado en la preponderancia del dólar y de EEUU.

Hay más argumentos en favor del euro, se pueden señalar más deficiencias en la UEM, y se pueden realizar análisis más profundos sobre la naturaleza estructural de la crisis. Pero, si no se refuerza el euro la situación de Europa será más difícil. En el pasado las crisis afectaron a los países en desarrollo. Ahora le toca a la UE. ¿Y en el futuro?

Reforzar la UEM y los mecanismos de regulación

Las razones para reforzar la UEM son útiles para los países europeos y para la economía mundial. Ante problemas globales hay que compaginar medidas internas con iniciativas de cooperación exterior. En la UE es obligado debatir con más rigor la reforma de los Tratados, para avanzar en la integración y extender sus beneficios a la ciudadanía.

También es indispensable regular las actividades del sector financiero, en particular las de carácter especulativo, con medidas legales, fiscales y penales, y con una más amplia cooperación internacional en materia de supervisión, vigilancia, y acciones y ayudas coordinadas.

Sólo así la voluntad democrática marcará los cambios de gobierno, en lugar de que esos cambios los promuevan agentes anónimos, vinculados y guiados por intereses particulares más poderosos que los intereses colectivos. Tan poderosos como para apostar ayer contra la deuda exterior de Latinoamérica, hoy contra la deuda soberana de Europa, y mañana contra lo poco que pueda quedar del Estado del bienestar, si no lo remediamos.

Las soluciones han de incluir iniciativas fiscales que mejoren la recaudación y potencien la actividad económica, el empleo y la igualdad. En caso contrario, el sector financiero seguirá creciendo a costa de las demás actividades públicas y privadas. Y el grueso de la población seguirá pagando el coste de las crisis, como sucedió antes en las naciones en desarrollo, ahora en la periferia europea, y en el futuro en EEUU o en otros lugares, si el sistema global no cambia radicalmente. **TEMAS**